

una nueva humanidad" (p. 427), la cuestión de las relaciones entre escritor, literatura y realidad social, inserta en una concepción socio-política de la cultura, sigue siendo, como para el autor de *Las cenizas del Fénix*, digna de la más atenta consideración.

En el momento en que nos acercamos a un fin de siglo que algunos representantes del mundo altamente industrializado caracterizan como posmoderno, ya que se ha alcanzado, supuestamente, el fin de la historia, la muerte de las ideologías y la muerte del sujeto y, por tanto, el fin del proyecto de la modernidad, la cultura "light" estimulada por los medios de comunicación de masas representa para los más posmodernos la cancelación final del abismo entre la cultura elitista y la cultura de masas³. El arte "pop" de los sesenta fue la última vanguardia que iniciaba la posmodernidad: la sociedad de consumo acaba devorando cualquier subversión. Difícil coyuntura la de este final de siglo para el intelectual que se plantea la función crítica de la cultura, difícil el equilibrio entre la creencia "modernista" en el arte como vehículo de resistencia frente a la comercialización de la sociedad y la convicción sincera de que la recepción del producto artístico no debe quedar restringida a un grupo minoritario y de que la literatura tiene un papel que cumplir en la transformación que nos lleve a una sociedad más justa.

Nos ha llevado muy lejos el comentario del ambicioso proyecto que Francisco Caudet se proponía en *Las cenizas del Fénix*: la concepción de la cultura en la España de los años 30. Las Misiones Pedagógicas, García Lorca, Machado, *Hora de España*, la poesía de la guerra, las editoriales de avanzada, Vallejo, Serrano Plaja, son algunos de los temas a los que Caudet dedica sus ensayos, movido por el objetivo de frenar en su acción a esa goma de borrar. Hemos querido dejar constancia de que quizás hoy más que nunca la función del intelectual deba ser seguir dándole vueltas a esa conflictiva relación entre el escritor, su escritura y su realidad social, seguir empeñado en desentrañar los hilos que tejen nuestra cultura, la de hoy y la de ayer.

TERESA BORDONS

ROSE CORRAL, *El obsesivo circular de la ficción. Asedios a "Los siete locos" y "Los lanzallamas" de Roberto Arlt*. El Colegio de México-F.C.E., México, 1992; 119 pp.

Centrado en el análisis del díptico narrativo de Roberto Arlt *Los siete locos* (1929) y *Los lanzallamas* (1931), sin duda las obras más significati-

³ GUILLES LIPOVETSKY, *L'empire de l'éphémère*, Gallimard, Paris, 1987.

vas y originales del autor, este estudio propone una lectura divergente y renovadora de uno de los universos literarios más reacios a un examen lógico y coherente.

La perspectiva de la autora difiere, de una manera deliberada y muy consciente, del enfoque asumido por numerosos críticos arltianos. Así, en lugar de fijar su atención en ciertos elementos "contenidistas" de la obra (el adjetivo es mío), Rose Corral se interesa por los recursos narrativos que estructuran los textos; por ello, más que indagar cuál es el mundo "real" al que remiten las novelas, busca conocer cómo están hechas y descubrir qué mundo imaginario y simbólico construyen.

El primer capítulo del libro tiene un doble objetivo: primero, realizar una rápida pero aguda revisión de los más importantes estudios críticos dedicados a Arlt, y, segundo, reivindicar, desde el punto mismo de partida, una literatura que fue ignorada por un largo período, aunque durante los últimos años ha recibido un vasto reconocimiento, ya que, como afirma Corral: "La narrativa de Arlt encierra valores vivos, actuales, que explican en buena medida su «redescubrimiento» y la identificación de las nuevas generaciones de lectores con una obra producida hace cincuenta años" (p. 13).

En su recuento de las lecturas previas de Arlt, con las cuales discute en todo su ensayo con penetración y sagacidad, la autora distingue dos vertientes. Según ella, hasta los años sesenta la literatura arltiana era asimilada a una limitante corriente "realista" desde la cual se la elogiaba o descalificaba (ya se sabe, por aquello del realismo de "mal gusto" del autor), o bien, se buscaba en la obra un reflejo bastante directo de las experiencias personales del escritor, por lo que se ignoraban sus méritos literarios. En cambio, a partir de la década de 1960 los estudios sobre Arlt empezaron a descubrir el carácter precursor de su escritura, así como el tono angustiado y el existencialismo *avant-la-lettre* de sus narraciones.

Con el fin de superar la visión crítica que sólo percibe la ausencia de salida de los protagonistas arltianos, Corral aventura una hipótesis: "... frente a un mundo hostil e implacable, el exilio interior del personaje arltiano, lejos de constituir una simple evasión o un cómodo refugio, se convierte en la reivindicación de otra realidad más auténtica y profunda" (p. 25). En general, el anhelo de desentrañar cuál es esa "otra realidad" se cumple bien en su trabajo. Sin embargo, hay pasajes de su exposición que más bien parecerían reafirmar la "falta de salida" de los personajes; por ejemplo, al describir la dualidad de éstos, dice: "En términos objetivos, no puede negarse que si por un lado la locura, al igual que las otras formas de ruptura, equivale a un rechazo irracional del orden social y moral establecido, por otro se convierte —como se apuntó— en un camino de absoluta soledad e incomunicación, en una búsqueda en la que se pierde el personaje

arltiano" (p. 44). Es decir, no se encuentra aquí ninguna "realidad más auténtica y profunda". Quizá parte del problema resida en la terminología crítica utilizada: la carga semántica del adverbio y los adjetivos (realidad "más auténtica y profunda") presupone, como petición de principio, la existencia de *otra* realidad, ubicada en un plano inferior, a la cual se opondrían con éxito los protagonistas de las novelas. Pero si hubiera una realidad más auténtica y profunda que ellos reivindicaran, se vería a los personajes arltianos en alguna especie de epifanía (por fugaz que fuera), y no en la permanente y desoladora existencia en que se hunden, a la cual alude Corral con una expresión muy eficaz al hablar de su "exilio interior".

Considero que uno de los capítulos más completos del libro es el tercero, "La Sociedad Secreta y la revolución simulada", donde se explica cómo el análisis del proyecto de revolución presente en las novelas no puede limitarse a un debate de "ideas" políticas o ideológicas, pues el texto no posee coherencia ideológica. Además, Corral rechaza la problemática coherencia "discursiva" con que algunos críticos, que "no se resignan a aceptar como punto de partida lo ilógico, contradictorio y delirante de la propuesta revolucionaria del Astrólogo" (p. 53, n. 6), desean explicar el texto.

En este sentido, el capítulo demuestra que los deseos revolucionarios de la "novela del Astrólogo" —como denomina la autora, siguiendo a Ricardo Piglia, al discurso de ese enigmático personaje— seducen a los marginados protagonistas de las novelas porque funcionan como sustituto de la imposible acción renovadora: "Lo que interesa en definitiva no es la verosimilitud o no del plan revolucionario y de la Sociedad Secreta sino —y lo diremos parafraseando al Astrólogo— la verdad de la mentira, o sea la verdad de la ficción, que sólo puede ser una verdad poética, imaginativa" (p. 66). Aunque Corral se apasiona por este aspecto, también añade finos matices que prueban que la suya no es una lectura "desideologizada", pues aclara: "Estas fantasías en las que triunfan sin dificultad los «locos» de las novelas constituyen un triunfo efímero que no logra ocultar la desoladora realidad de sus existencias fracasadas, marginadas, y su radical impotencia a la hora de actuar" (p. 63). Después de su análisis, queda claro que la eficacia de la revolución propuesta por el Astrólogo sólo puede ser de orden simbólico porque no constituye una alternativa para transformar una realidad hostil y enajenante.

En el cuarto capítulo, "Voces: el diálogo posible", la autora estudia el problema de las voces narrativas en *Los siete locos* y *Los lanzallamas*; a diferencia de otros críticos, que suelen calificar como gratuito el carácter ambiguo de la identidad del narrador de los textos, ella busca una función específica para cada elemento. Su convincente examen de las variadas instancias narrativas que funcionan en las novelas es uno de los aspectos más gratificantes del trabajo. La única objeción

que yo pondría a este apartado es el excesivo celo de la autora por dilucidar todas las ambigüedades del narrador. Me explico mediante un ejemplo.

En una aclaración a pie de página, Corral se rehúsa a considerar un probable error de Arlt derivado de la falta de fronteras precisas entre las notas atribuidas al "cronista" y las del "autor". Así, aunque ediciones posteriores —no la edición de Ayacucho que ella usa— rectifican lo que pudo haber sido una equivocación, dice:

Preferimos sin embargo optar por otra hipótesis que plantee y considere dicha incongruencia como una ilustración más de la identidad de por sí ambigua de la voz narrativa de *Los siete locos* y *Los lanzallamas*: en los perfiles borrosos de la "persona" del narrador se insinúa también la sombra del autor que se desdobra imperceptiblemente en el cronista. Ese desdoblamiento vuelve todavía más impreciso el límite entre la ficción y la realidad (p. 77).

Creo que si bien la crítica literaria debe aspirar a comprender la función de todos los elementos de un texto, también debe precaverse del riesgo de limar las contradicciones de éste que sean insolubles. En el caso del escritor argentino el peligro es aún mayor, debido a las numerosas ambigüedades e idefiniciones propias de su obra. Por suerte, a excepción de puntos aislados como el descrito, la autora evita ese peligro, pues lo prevé desde el principio:

Al sistematizar la obra de Arlt o volverla coherente "a la fuerza", se acalla o elimina, nos parece, lo que incomoda e intriga al lector, se limita también el carácter multivalente de las mismas, su esencial ambigüedad. En otros términos, se "normaliza" lo que podríamos llamar, retomando el título de la primera novela del díptico, el texto "loco" o desquiciado de Arlt (pp. 22-23).

Ella misma no duda en calificar esa perniciosa tendencia como una lectura "tranquilizadora" de Arlt.

En cuanto al método de trabajo, ya he destacado el tono de inteligente discusión académica con los otros críticos presente a lo largo del ensayo. Cabe señalar también la renuencia de Corral a adherirse a una corriente teórica específica, ya que más bien asume una saludable postura ecléctica, así como su propósito de manejar una terminología accesible. Gracias a estos elementos, la lectura de este texto crítico y no crítico fluye sin innecesarias complicaciones.

Además, en general resulta pertinente la manera como se usan otros textos del autor para hablar de sus dos novelas centrales (sobre todo cuando se recurre a ese escrito primigenio de Arlt titulado "Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires"). No obstante, creo que en ocasiones el interés por acentuar la importancia del objeto de estudio descalifica, un tanto apresuradamente, varias de las otras obras.

Por ejemplo, al referirse a *El juguete rabioso* (1926), la autora comenta: “Sin embargo, su construcción sobria y nítida, su desarrollo lineal y verosímil (aspectos vinculados con la percepción de un mundo todavía estable y equilibrado), contrastan notablemente con el universo inquietante de *Los siete locos* y *Los lanzallamas*” (p. 21), y para reforzar esta idea cita al propio Arlt, quien en su momento negó que *El juguete* fuera superior a *Los siete locos* (*apud* Corral, p. 21).

En lo personal, no me parece que la construcción de la primera novela apunte de manera absoluta hacia un “mundo todavía estable y equilibrado”, pues el estado emocional de Sylvio Astier, sobre todo en el momento final de la delación, presagia ya los personajes angustiados de las dos próximas novelas de Arlt; además, puesto que el narrador y protagonista de *El juguete rabioso* es un adolescente, resulta imposible que se produzca una ruptura con el mundo tan fuerte como en las otras novelas (al menos con la necesaria verosimilitud literaria).

Por fortuna, pese a esta disminución de la primera novela de Arlt, Corral identifica en *El juguete rabioso* antecedentes de las formas narrativas que se desarrollarán en las novelas posteriores. Así, en el particular diálogo-confesión de Astier frente a Vitri con que concluye *El juguete*, encuentra un procedimiento literario previo a la definición de un modelo narrativo que suma *otra voz*: la voz de ese vacilante intermedio (cronista, comentarista o narrador) que estructura tanto *Los siete locos* como *Los lanzallamas*.

Pienso que hubiera sido muy enriquecedor para este estudio que se probara que Arlt se ubica al margen o a contracorriente de sus contemporáneos, aspecto que, según la autora, explicaría su aislamiento, la escasa respuesta que recibieron sus novelas y lo tardío de su reconocimiento (p. 19). Como sabemos, ninguna obra es original *per se*, ya que siempre se relaciona con un sistema literario del cual forma parte. Por ello, la descripción del contexto literario en el cual surge la obra arltiana, ausente en este ensayo, sin duda contribuiría a distinguir su originalidad en el complejo mundo cultural argentino de las décadas de 1920 y 1930. En esta línea, quizá también hubiera convenido dedicar unas páginas al análisis de las inflexiones lingüísticas del escritor (por ejemplo, ¿qué función tienen los lunfardismos e italianismos de sus textos?).

Por otra parte, sospecho que algunas de las supuestas “incongruencias” del autor podrían encontrar explicación mediante el estudio de la génesis de cada una de sus obras. Como es bien sabido y R. Corral lo recuerda, Arlt no fue un “estilista”: su creación literaria se produjo en medio de azarosas condiciones vitales que nunca le permitieron la revisión exhaustiva de sus escritos (aunque, claro está, no todos los efectos literarios dependen de la voluntad del autor). Esto no implica ningún demérito, pues la grandeza de los textos de Arlt no reside en la definición de un particular estilo literario ni en la invención

de una forma narrativa, sino en la fuerza increíble de esos seres atormentados y sin historia previa, generalmente marginados y a veces con un estigma físico, que deambulan por el mundo porteño que él construye. Por ello para hablar de las novelas arltianas podríamos parafrasear a Borges, quien frente a la acusación de que Cervantes tenía numerosos defectos estilísticos, afirmaba rotundamente que al autor del *Quijote* “le interesaban demasiado los destinos de Sancho y de Don Quijote para dejarse distraer por su propia voz”. Más allá de las virtudes de estilo o de composición que puedan encontrarse en las novelas de Arlt, éstas siguen vigentes por la desesperación que transmite a sus lectores la vida angustiada y angustiante de sus memorables protagonistas: Erdosain, el Astrólogo, el Rufián Melancólico, Ergueta, Hipólita, etcétera.

Por último, creo que el tono reivindicatorio que permea todo el libro resulta innecesario, pues el propio análisis demuestra fehacientemente la validez de la literatura arltiana. Desde esta perspectiva, el apartado “La reivindicación de los consagrados” (pp. 18-20), donde la autora acude a las autorizadas voces de Onetti, Sábato y Cortázar (figura tutelar de todo el estudio) para legitimar a Arlt, me parece supefluo. Mucho más sugerentes y productivos son los vasos comunicantes entre Arlt y estos autores (¿y Felisberto Hernández?) a los que Corral alude en varios pasajes de su obra.

He señalado algunos aspectos de este libro que, desde mi particular lectura, podrían ser susceptibles de mayores y más profundos desarrollos. Pero quiero finalizar esta reseña crítica afirmando que *El obsesivo circular de la ficción* es un avance imprescindible para conocer los recursos literarios de uno de los escritores hispanoamericanos más inasibles de este siglo. Sólo me resta desear que esos paralelos entre Arlt y otros creadores que Rose Corral sugiere en varios momentos nada más sean el anticipo de una labor crítica que seguramente tendrá, y que de hecho ya tiene¹, felices resultados. Tal vez así se pueda hallar respuesta a ciertos enigmas derivados de inquietantes elementos de la literatura rioplatense (por ejemplo, la recurrente presencia del tema de la Sociedad Secreta dentro de sus tramas).

RAFAEL OLEA FRANCO
El Colegio de México

¹ ROSE CORRAL, “Onetti/Arlt o la exploración de algunos vasos comunicantes”, en *Reflexiones lingüísticas y literarias. II. Literatura*, eds. R. Olea Franco y J. Valender, El Colegio de México, México, 1992, pp. 251-267.